

ROSALÍA DE CASTRO, ANTICIPACION DEL '98

PILAR G. SUELTO DE SAENZ
The G. Washington University

Rosalía de Castro, como los hombres del '98, descubre e interpreta el paisaje de la nativa Galicia, que es también el paisaje de España. Su poesía refleja un amargo amor, a veces, de una patria real, entrañable.

Ya superadas las vacilaciones del renacer literario de la lengua gallega en el siglo XVIII, Rosalía es testigo durante su niñez de la autodeterminación de Galicia en la revolución de 1846, y del restablecimiento de la lengua vernácula como expresión literaria. Asentada firmemente dentro de ese renacimiento de las letras gallegas, su poesía supera los balbuceos del romanticismo y adquiere tonos profundos, de inquietudes existenciales, en los que su naturaleza sensible refleja una preocupación por el país de la tierra natal.

La poetisa gallega se anticipa a su tiempo, encontrándose ya en su obra vestigios de la vena lírica que va a caracterizar la poesía del '98, en la voz de Antonio Machado muy especialmente, pero también del Unamuno poeta desde *Poesías* (1907) al *Cancionero* (1929-1936), e incluso en el Valle Inclán de las *Claves líricas*.

Hemos elegido para este trabajo la última colección de poemas de la poetisa, *En las orillas del Sar* (1884), que muy propiciamente acaba de celebrar su centenario de publicación, por encontrar que siendo obra de madurez —ya que éste es, como es bien sabido, su último libro de poemas— es obra más representativa del aspecto que nos interesa señalar. Nos referiremos particularmente a aquellos temas a través de los cuales puede observarse cómo el paisaje nativo de la poetisa celta es expresado en términos afines a la vena intrahistórica de los noventaiochistas. Ese paisaje nativo comprende la naturaleza inanimada, con sus hermosos árboles, las aguas del Sar, los paisajes agrestes de la nativa Galicia, los viejos caminos que la surcan, y también la naturaleza animada. No se trata sólo del hombre que está presente; también incluye al que se fue, haciendo partícipe su presencia a través de la llamada al viajero que partió a tierras lejanas. De esta forma la tierra y el hombre de la nativa y eterna Galicia quedan incorporados en la poesía de Rosalía de Castro.

Como en la poesía del '98, los poemas agrupados dentro de *En las orillas del Sar* dan una transfiguración artística y poética de Galicia, y por ende, de España. Una correlación de esa visión del paisaje puede encontrarse en Antonio Machado (1),

(1) Los paralelismos entre Rosalía de Castro y Antonio Machado han sido ya estudiados por la crítica, muy especialmente, Rafael Lapesa, "Bécquer, Rosalía y Machado", *Insula*, IX, 100-101 (1954), p. 6. También, José Antonio Balbontín, *Tres poetas de España. Rosalía de Cas-*

poeta por excelencia de la Generación del '98, pero también puede hallarse temáticamente en la lírica unamuniana y en grado menor, en la poesía de Valle Inclán (2).

La crítica contemporánea ignoró en su día este poemario último de Rosalía y tampoco se hizo gran eco del resto de su producción literaria. Pero es precisamente Azorín, miembro de la Generación del '98 y acuñador de su nombre, quien en 1913 dedica unas páginas de *Clásicos y modernos* (3) a enjuiciar la poesía de la poetisa gallega, y donde recoge el olvido y la postergación a los que los contemporáneos relegaron la obra de Rosalía de Castro. Es el mismo Azorín quien, en *Los valores literarios*, califica a Rosalía de "precursora de la revolución poética realizada en la métrica y en la ideología" antes de Rubén Darío. Observa así mismo Azorín cómo la tendencia realista entre 1895 y 1900 influye también en la poesía, cuando afirma: "se comenzó entonces a amar el paisaje, se viajó por las campiñas, se estudiaron los viejos pueblos, se intentaba penetrar en las viviendas humildes y observar la vida menuda, prosaica, cotidiana" (4). Si estos son ideales del hombre del '98 en su afán de adentrarse en la esencia de lo que es o debe ser España, no está lejos esa visión de la presentada por Rosalía en sus versos de *En las orillas del Sar*.

Efectivamente el poemario de Rosalía ahora en cuestión muestra claramente esos aspectos enumerados por Azorín, todos ellos característicos de la Generación del '98. Pero Rosalía, ya en 1884, ha publicado la colección de poemas que nos ocupa, dejando en ellos ya testimonio claro de esa nueva sensibilidad registrada por Azorín en 1913. Es evidente un cambio de talante entre ese último libro de poesía, *En las orillas del Sar*, y su obra precedente, *Follas novas*. La saudade, la Galicia profundamente sentida y cantada dolorosamente, es substituída por una visión más meditativa del paisaje, de la naturaleza, de su gran catedral, de sus gentes, muy especialmente los que sufren y los que emigran. La tristeza dolorosa de Rosalía en este poemario tiene un carácter afín al espíritu reflexivo, pesimista, de los noventaiochistas. Este poemario, escrito en castellano solamente un año antes de morir la poetisa, posee un temario universal, con una visión de la nativa Galicia en términos que trascienden los límites de la patria nativa y se extienden al dolor y la tristeza humanos.

El paisaje gallego se nos presenta en un sentido totalizador. En él están comprendidos conjuntamente la tierra y el mar: "la lejana llanura, las praderas, / el mar de espuma cubierto, / donde nacen las ondas plañideras, / el blanco arenal desier-

tro. Federico García Lorca. Antonio Machado, México, 1957. Eliana Suárez Rivero, "Machado y Rosalía: dos almas gemelas", *Hispania*, (Dic. 1966), pp. 748-754.

(2) En Valle Inclán la musa moderna llega a su extremo de versatilidad en su forma esperpéntica de *La pipa de Kif*, donde el propio Valle define a la nueva poesía en los siguientes términos: "¿Acaso esta musa grotesca / —ya no digo funambulesca— que con sus gritos espasmódicos, / irrita a los viejos retóricos, / y salta, luciendo la pierna, / no será la musa moderna?", *Obras escogidas*, Aguilar, Madrid, 1967, p. 1282.

(3) Azorín, *Clásicos y Modernos*, en *Obras Selectas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1969, pp. 970-973.

(4) Azorín. *Los valores literarios*, Renacimiento, Madrid, 1914, p. 271.

to" (5). Se pormenoriza acerca de sus campos: "largas cuitas de verdura / que brisa lleva y trae" (636); acerca de sus fuentes "(...) corrientes de agua cristalina / que bajan de la alta cumbre" (636); acerca de los caminos que surcan el paisaje: "Blanca y desierta la vía, / entre los frondosos setos / y los bosques y arroyos que bordan / sus orillas (...)" (572); caminos ancestrales que encierran la presencia del pasado en el presente, como la huella intrahistórica buscada por Unamuno y a la que dará nombre acuñando el término: "Bajemos, pues, que el camino / antiguo nos saldrá al paso, / aunque triste, escabroso y desierto, / y cual nosotros cambiado, / lleno aún de las blancas fantasmas / que en otro tiempo adoramos. /" (573); se registran construcciones que vienen a ser parte de la naturaleza en el paisaje: "la iglesia, el campanario, el viejo muro" (636); se modifica el paisaje por la industria del hombre, fundiéndose visualmente con la naturaleza: "De la oscura 'Trabanca' tras la espesa arboleda / gallardamente arrancada al pie de la vereda / 'La Torre', y sus contornos cubiertos de follaje, / prestando a la mirada descanso en su ramaje" (573); o bien se confunden con la naturaleza auditivamente: "Como un eco perdido, como un amigo acento / que suena cariñoso, / el familiar chirrido del carro perezoso / corre en alas del viento, y llega hasta mi oído /" (573). Selectivamente se pormenoriza la vegetación que anima el paisaje: el árbol fuerte y bello, de copa gallarda: "Arbol duro y altivo que gustas / de escuchar el rumor del Océano / y gemir con la brisa marina / de la playa en el blanco desierto /" (590); los pinos del monte, "los unos altísimos; / los otros menores, / con su eterno verdor y frescura, / (...) van en ondas subiendo hacia el cielo /" (575); los pinares, resistentes al paso del tiempo y a la mano destructora del hombre son "adorno salvaje / que resiste del tiempo a la afrenta / y corona de eterna verdura / las ásperas breñas /" (589); el roble ancestral, "Arbol patrio", de "ramas añosas", lleno de belleza en su follaje primaveral, esparce su belleza con el frío otoño: "Más tarde, en otoño, / cuando caen marchitas tus hojas, / ¡Oh, roble!, y con ellas / generoso los musgos alfombras" (590); su presencia embellece y engrandece el paisaje galaico: "Que tan bello apareces, ¡Oh, roble!, / de este suelo en las cumbres gallardas / y en las suaves graciosas pendientes / donde umbrosas se extienden tus ramas /" (591).

Rosalía de Castro en este poemario trasciende la belleza externa de la naturaleza en varios niveles. Su emoción del paisaje confiere a la naturaleza valores transcendentales, como la búsqueda y la presencia de lo eterno: "No, no puede acabar lo que es eterno / ni puede tener fin la inmensidad" (577); y valores existenciales como la evocación de la muerte. Hay también una compasión, con connotaciones de justicia social, en la compasión por el dolor del prójimo:

Viendo cuán triste brilla nuestra fatal estrella,
del Sar cabe la orilla,
al acabarme, siento la sed devoradora
y jamás apagada que ahoga el sentimiento,

(5) Rosalía de Castro, *Obras Completas*, 6ª ed., Aguilar, Madrid, 1966, p. 636. En lo sucesivo se cita insertando en el texto solamente el número de página.

y el hambre de justicia, que abate y que anonada
cuando nuestros clamores los arrebató el viento
de tempestad airada. (574-575)

Rosalía supera la expresión del sentimiento lírico, personalísimo del yo, característico del poeta romántico. El sentimiento trasciende, se hace partícipe en forma más universal, dirigiéndose por una parte a la conciencia social, por la otra enraizando ese sentir en un pasado que se adhiere visiblemente a la tierra, a su paisaje, al hombre que lo habita, a sus formas de vida, en una palabra, a una historia viva, a una intrahistoria. Esta percepción del hombre, de su paisaje, de los monumentos que le ligan el pasado, no queda lejos de una nueva sensibilidad que ya Azorín acusaba entre 1895 y el nuevo siglo: el amor al paisaje, el interés en los viejos pueblos, la observación y penetración en el hecho cotidiano, para así, a través de ellos, ganar una trascendencia intrahistórica.

Es evidente que hay una clara afinidad en la visión del paisaje entre Rosalía y Antonio Machado, poeta por excelencia de la Generación del '98, con la salvedad de que naturalmente el paisaje de Machado es el de Castilla, y el de Rosalía es su nativa Galicia. En esa afinidad es donde queda en forma patente que Rosalía se adelanta, en su visión gallega, al sentimiento del paisaje de la Generación del '98.

Destacaremos, dentro de los elementos del paisaje, uno de ellos que nos servirá de prototipo. Hemos elegido el roble, porque a los robles dedica todo un largo poema que es en sí un sentido e interpretación del paisaje. Noble árbol, de ramas añosas, de bello follaje, contribuye a la hermosura del paisaje sin distinción de estaciones:

(...) robles de ramas añosas,
sois más bellos con vuestro follaje
.....
Más tarde, en otoño,
cuando caen marchitas tus hojas,
¡Oh, roble!, y con ellas
generoso los musgos alfombras,
¡Qué hermoso está el campo!,
la selva, ¡qué hermosa! (590)

Los robledales aparecen en la poesía de Rosalía como árboles de larga historia, vestigio de un pasado más próspero que desaparece con la tala forestal:

Los que ayer fueron bosques y selvas
de agreste espesura,
.....
hoy son áridas lomas que ostentan,
deformes y negras,
sus hondas cisuras.

Ya no entonan en ellos los pájaros
sus canciones de amor, ni se juntan
cuando mayo alborea en la fronda
que quedó de sus robles desnuda. (589)

Dentro de su entorno, el roble, cuyo tronco rugoso le proporciona "ceño adusto y mirada torva" (594), es parte de un paisaje expresado y visto en términos que se acercan al '98. Observamos una gama triste y reflexiva en la adjetivación, en la sustantivación, en los verbos elegidos. Muy especialmente a través de la adjetivación se percibe una carga de pesimismo: "calva (...) / la cima del monte!" (589); "áridas lomas" (589); "deformes y negras cisuras"; "fronda desnuda"; "suelo desnudo" (589); "áridos riscos" (595); "mancha sombría" (589); "ásperas breñas"; "árbol duro y altivo" (589); "asolado todo" (594); "todo marchito y sepultado" (595); "pájaros huídos y espantados" (594); "terrible peso"; "inertes troncos"; "sonido sordo en el vacío" (595).

También es significativa la presencia de los verbos siguientes, referidos al paisaje: graznar; aullar (589); gemir (589, 595); agonizar (590); llorar sin tregua; talar (596); destruir sin duelo (595). Es también digno de notarse el uso metafórico, connotativo, referido a elementos del paisaje: "(...) la noche, / como la muerte y dolor sombría" (581); "el viento gimiendo desabrido"; "los inertes troncos (...), despojos del sagrado recinto" (595); "de la dura hacha los golpes resonando huecos / (...) [como] los del martillo / al remachar de un ataúd los clavos" (595).

El roble gallego en Rosalía es la contrapartida de la machadiana encina castellana, presentándose como árbol de larga historia, ceñudo, adusto, torvo, adscrito a una gama cromática fría y triste: gris, pardo, ceniciento.

Cenicientas las aguas; los desnudos
árboles y los montes, cenicientos;
parda la bruma que los vela, y pardas
las nubes que atraviesan por el cielo;
triste, en la tierra, el color gris domina.
¡El color de los viejos! (100)

Pero a su vez el roble es parte de un paisaje surcado de caminos blancos, pedregosos, estrechos, donde hay cabras monteses y gorriones adustos, y también niños hambrientos. Porque en la poesía de Rosalía también entra el aspecto humano encuadrado por la naturaleza de la nativa Galicia: dolor, angustia, la partida para no volver, el abandono de las tierras patrias —quizá en vano— buscando una vida mejor allende los mares: "(...) la última noche, / las noches de las tristes despedidas," / (601); tristeza al "abandonar nuestras humildes tierras" (601); esperanza de que "el duro pan que nos negó la patria, / por más que los extraños nos maltraten, / no ha de faltarnos en la patria ajena" (601); temor desesperanzado:

Palomas que la zorra y el milano
a ahuyentar van, del palomar nativo
parten con el afán del fugitivo
y parten quizá en vano;
.....
acaso en el confín de otra llanura,
ven agostarse el fruto que madura,
y el águila cerniéndose en el cielo. (601)

y la exhortación al regreso: "partid llenos de aliento en pos de otro horizonte, / pero (...) volved más tarde al viejo hogar que os llama" (602); y el anhelado retorno: "(...) descalzo, / sudoroso y de polvo cubierto, / ¡Qué extrañeza y profundo desvío / in-funde en las almas el pobre viajero!" / (603-604).

Como ya apuntábamos anteriormente, la poesía de Rosalía es también poesía de profundidad, de temas trascendentales, en la que también se plantean los grandes problemas de la muerte, de la duda y de la fe. En este poemario, tan cercano a su propia muerte, ésta se presenta como inquietante en su misterio insondable, como algo inaccesible a la razón:

En vano el pensamiento
indaga y busca en lo insondable, ¡Oh, ciencia!
siempre al llegar al término ignoramos
qué es al fin lo que acaba y lo que queda. (577)

Al enfrentarse con la muerte, se pregunta tratando de hallar una respuesta: "¿Qué somos? ¿Qué es la muerte?" (578). La única forma de medir lo desconocido es por medio de una aproximación: la muerte es como un sueño (605), es soledad también, con un atractivo irresistible para la enferma poetisa: "(...) ¡Yo ansío de la muerte / la soledad terrible!" (653).

Ante ese paso final, definitivo, se recrudecen las sombras de la duda; la muerte se hace más estéril sin el consuelo de la fe: "Todo acabó quizá (...) todo, menos la duda que nos lanza / de un abismo de horror en otro abismo" (598). Pero no se resigna a perderse en ese abismo, y en la profundidad de la duda busca la fe: "(...) Señor, entonces, / piadoso y compasivo / vuelve a mis ojos la celeste vereda / de la fe bienhechora que he perdido" (578). Porque la fe perdida, es completa soledad:

Desierto el mundo, despoblado el cielo,
enferma el alma y en el polvo hundido
al seco altar en donde
se exhalaban fervientes mis suspiros,
en mil pedazos roto
mi Dios cayó al abismo
y al buscarle anhelante, solo encuentro
la soledad inmensa del vacío (578).

La lucha en que se debate la duda es fuerte, temerosa, pero siempre preferible a la tiniebla en que queda sumida el alma sin fe:

Cuando de un alma atea
en la profunda oscuridad medrosa
brilla un rayo de fe, viene la duda
y sobre él tiende su gigante sombra. (585)

Rosalía trata de trascender la muerte, situación límite y extrema, y así la expresa su ansia de eternidad:

¡Jamás! ¿Es verdad que todo
para siempre acabó ya?

No, no puede acabar lo que es eterno
ni puede tener fin la inmensidad. (577)

No se resigna a un fin irremisible de lo imperecedero, y continúa su búsqueda incesante dentro de una angustia existencial:

Yo no se lo que busco eternamente
en la tierra, en el aire y en el cielo;
yo no se lo que busco, pero es algo
que perdí no se cuando y que no encuentro,
aun cuando sueño que invisible habita
en todo cuanto toco y cuanto veo. (621)

Al fin ha encontrado el camino a la fe, por medio del arte, a través de la poesía:

Y orando y bendiciendo al que es todo hermosura,
se dobló mi rodilla, mi frente se inclinó
ante él, y, conturbada, exclamé de repente:
"¡Hay arte! ¡Hay poesía! ... Debe haber cielo: hay Dios! (626)

Con la fe recobrada, viene la esperanza en otra vida: "tras la expiación, espero / que allá donde Dios habita / he de proseguir viviendo" (629).

El poema que cierra la colección, último de la poetisa, encierra una reconciliación final con el fin inminente. En la angustia sentida ante la muerte que se acerca, la poetisa encuentra su esperanza y su consuelo en Dios. Ha hallado de nuevo la fe:

Tan solo dudas y terrores siento,
divino Cristo, si de ti me aparto;
mas cuando a la Cruz vuelvo los ojos,
me resigno a seguir con mi calvario.
Y alzando al cielo la mirada ansiosa,
busco a tu Padre en el espacio inmenso,
como el piloto en la tormenta busca
la luz del faro que le guía al puerto. (656)

Es bien sabido que los temas de la muerte, la duda, la pérdida de la fe son temas centrales en toda la obra de Unamuno, que aparecen reiteradamente no solo en su poesía, sino también en su ensayo, novela, y teatro. Es también sobradamente conocido que Unamuno contribuye decisivamente a la profundidad temática de la poesía del siglo XX en las letras castellanas. Es corolario sin necesidad de demostración que Rosalía de Castro, que muestra inquietudes muy afines a las unamunianas, hace patente ya en su obra un talante que claramente indica una posición precursora de un nuevo sentir en las letras españolas que quedará afianzado con la llamada Generación del '98.

Solamente a título de ilustración usaremos un ejemplo del *Cancionero* unamuniano, que por su carácter de diario poético, presenta un mayor carácter panorámico que otras obras del Rector de Salamanca, donde los temas rosalianos considerados en este trabajo, quedan reflejados en forma antológica: España, la muerte, el sueño, Dios.

También en la visión unamuniana del paisaje de España, hay lugar para la dulce Galicia:

Santiago de Compostela,
 lluvia en las losas, el cielo
 de piedra, y las piedras santas,
 cielo románico y céltico.
 Embozo de lluvia mansa
 y terca, dulce consuelo,
 llora viendo y se ríe
 con tonada de gaitero.
 Prisciliano y Rosalía,
 morriña y botafumeiro:
 cuenta leyendas remotas
 con sus conchas de romero.
 La muiñeira en la verdura
 del arrabal solariego;
 el Pórtico de la Gloria
 abre su pecho gallego. (6)

Visión unamuniana donde la naturaleza y el paisaje, con elementos humanos, entretienen la intrahistoria de la tierra gallega. Allí sus próceres del pasado y del presente; allí su hermosa catedral, testigo del pasado y partícipe del presente; allí su lluvia mansa, sus dulces sonos que envuelven suavemente leyendas y lares solariegos.

Rosalía, como la poesía del '98, ahonda en el paisaje, en la visión de la naturaleza, y así trasciende a una visión intrahistórica de Galicia y de España; supera los sentimientos personales y así penetra en un sentido existencial de la problemática humana con respecto a la muerte, a la perduración del más allá.

(6) Miguel de Unamuno, *Cancionero (Diario poético, 1928-1936)*, en *Obras Completas*, IV, Poesía, Escelicer, Madrid, 1966, pp. 1175-1176.